

no le tovieron ningun pro; que el brazo cayó en el suelo, y el hombre muerto del otro cabo. Estos dos golpes los escarmentaron tanto, que ninguno fué osado de se á él acostar, é cercáronlo allí por delante é por los lados, que por otra parte no podían, é tirábanle lanzas, é saetas, é piedras tantas, que fasta la meitad del cuerpo estaba cobierto; pero ninguna cosa le nucia, que el escudo le amparaba de todo ello.

En este comedio llevaron al Gigante al castillo, haciendo gran duelo, é pusiéronle en su lecho tal como muerto sin sentido alguno, é tornáronse luego aquellos que le llevaron á ayudar á sus compañeros; é como llegaron vieron que ninguno á él se llegaba, é cómo tenía los dos hombres muertos cabe sí, é como venían holgados é con gran saña, é no sabían ni habían visto sus golpes tan esquivos, llegáronse á lo ferir con las lanzas; mas Amadís estuvo quedo bien cobierto de su escudo, é al uno que llegó mas delantero, que con la lanza le dió á manteniente en el escudo, dióle tal golpe, que la cabeza le fizo volar á lueñe, é luego se desviaron aquellos con los otros, que ninguno se osaba á él llegar. Pues así estando, sin mas hacer, salvo tirándole muchas saetas é piedras infinitas, el caballero de la insola del Infante hobo gran piedad de lo así ver, é bien cuidó que si lo matasen, que moria el mejor caballero que nunca armas trajo, é fuése luego al hijo del Gigante, que desarmado estaba por su tierna edad, é dijole: «Bravor, ¿por qué haces esto, contra la palabra é verdad de tu padre, la cual nunca hasta hoy se halla ser quebrada? Mira que eres su hijo y le has de parecer en las buenas maneras, é mira que tu padre lo aseguró de todos los suyos salvo dél solo; y que si sobre esto le faces matar, nunca te cumple parecer ante hombres buenos, que siempre serás aviltado y en gran menosprecio tenido.» El mozo le dijo: «¿Cómo sofriré ver á mi padre muerto delante mí, y que no tome venganza del que lo fizo?—Tu padre, dijo él, no es muerto, ni tiene golpe de que morir deba; que yo lo miré estando en el suelo, y aquel caballero á mi ruego, é porque me dijo que lo preciaba mucho por el deudo que con Gandalac tiene, lo dejó de matar; que en su mano estaba de lo facer.—Pues ¿qué haré? dijo el mozo.—Yo te lo diré, dijo el caballero: fazlo tener cercado así como está toda esta noche, sin que daño reciba, y de aquí á la mañana se verá la disposicion de tu padre, é segun él estoviere, así tomarás el acuerdo; que en tu mano é voluntad está la vida ó la muerte suya, que de aquí no puede salir si lo tú no mandas.» El mozo le dijo: «Mucho te agradezco lo que me consejas; que si este moriese é mi padre vivo quedase, no me complia parar en todo el mundo donde él lo sopiese; que bien cierto soy que me buscaria para me matar.—Pues eso conoces, dijo él, faz lo que te consejo.—Déjame hablar primero con mi abuela é con mi madre, é hágase con su consejo.—Por bien lo tengo, dijo el caballero, y entre tanto manda á tus hombres que no fagan mas de lo que han fecho.» El mozo dijo: «Por demás será ese mandamiento; que, segun me parece que aquel caballero defiende su vida, que si de hambre no, de otra manera, segun veo, no hay quien matarle pueda; pero por lo que me consejas faré lo que me dices.»

Entonces les mandó que estoviesen allí, é guardasen bien que aquel caballero no saliese de donde estaba, sin le facer mal ninguno. En tanto que él iba al castillo todos los que allí estaban hicieron su mandado, y él se fué é habló con aquellas dueñas, é como quiera que su pasion é tristeza dellas grande fuese, considerando que el caballero no se podría ir, é veyendo cómo el Gigante iba cobrando huelgo é algun acuerdo, y temiendo pasar su verdad, dijéronle que así se ficiese como aquel caballero de la insola del Infante gelo había aconsejado, á lo cual mucho ayudó cuando su madre deste mozo fué sabidora que aquel caballero amaba á su padre Gandalac, que temió no fuese don Galaor, aquel que su padre había criado y le restituyó en el señorío de la Peña de Galtáres, matando á Alvadan, el gigante bravo que forzado gelo tenía, como mas largo lo cuenta el primero libro desta historia, el cual ella mucho bien conocia é lo amaba de corazon, porque se criaron juntos; é si no fuera porque su marido en tal punto estaba, que á gran deshonestidad le fuera contado, ella misma por su persona sopiera si el caballero era don Galaor ó alguno de sus hermanos, que á todos ellos había visto en casa del rey Lisuarte, donde estuvo algun tiempo en la sazón que fué la batalla del rey Lisuarte con el rey Gildadan, en la cual su padre é sus hermanos fueron é hicieron cosas extrañas en armas en servicio del rey Lisuarte por amor de don Galaor, como el segundo libro desta historia mas largo lo cuenta. Con este acuerdo tornó el mozo á tal hora que era ya noche cerrada, é mandó poner un fuego grande delante donde Amadís estaba, que de su concierto ninguna cosa sabia, é allí fizo á sus hombres que armados velasen, é á buen recaudo, porque el caballero no saliese é les ficiese mal; que lo temian como á la muerte. Amadís estuvo en aquel lugar donde antes estaba, puesto el canto del escudo en el suelo é la mano sobre el brocal, é la espada en la otra, esperando de morir antes que se dejar prender; que bien pensaba que, pues sobre tal seguro como de Balan tenía, aquellos hombres le acometieron, queriéndole matar; que ninguna otra palabra que le diessen le sería guardada; pues pensar de demandar merced, esto no lo faria él aunque sopiese pasar mil veces por la muerte, si á Dios no, á quien él siempre en todas sus cosas se encomendó de gran corazon; y en aquella mas, donde otro remedio, si el suyo no, tenía ni esperaba.

## CAPITULO XLVIII.

De cómo Darioleta hacia duelo por el gran peligro en que Amadís estaba.

Darioleta, la dueña que lo allí fizo venir, cuando así vió cercado á Amadís de todos sus enemigos sin tener ni esperar socorro alguno de ninguna parte, comenzó á facer muy gran duelo é á maldecir su ventura, que á tanta cuita é dolor la había traído, diciendo: «Oh cativa desventurada! ¿Qué será de mí si por mi causa el mejor caballero que nunca nació muere? ¿Cómo osaré parecer ante su padre, madre é sus hermanos, sabiendo que yo fui ocasion de la su muerte? que si á la sazón de su nacimiento yo trabajé por le salvar la vida, haciendo

é trabajando con mi sabiduría el arca en que escapar pudiese, de lo cual he habido mucho galardón; que si entonces moriera, moria una cosa sin provecho; agora no solamente he perdido los servicios pasados, mas antes soy dina de morir con las mas penas é tormentos que ninguna persona lo fué, porque siendo la flor é fama del mundo, le he traído á la muerte. ¡Oh cuitada de mí! ¿Por qué no le dí lugar al tiempo que en la ribera de la mar á mí llegó para que pudiera tornar á la insola Firme é trajera algunos caballeros que fueran en su ayuda, ó á lo menos podieran con razon morir en su compañía? Mas ¿qué puedo decir, sino que mi liviandad é arrebataimiento fué de propia mujer?» Así como oídes estaba Darioleta haciendo su duelo debajo de los portales de aquel templo con muy gran angustia de su corazon, é no con otra esperanza sino de ver morir muy presto á Amadís, y ella é su marido é hija ser metidos en prision, donde nunca saliesen.

Amadís estaba á la boca de aquella quiebra de las peñas, como vos hemos contado, é vió lo que la dueña facia, que con el gran huego que delante dél estaba toda la plaza se parecia, aunque asaz grande, é hobo gran pesar en verla como estaba, llorando é alzando las manos al cielo, cómo demandaba piedad; así que, la saña le creció tan grande, que le sacó de su sentido, é pensó que muy mas peligro le podría recrecer venido el día que con la noche; porque entonces toda la mas de la gente de la insola estaba sosegada, é solamente se había de guardar de aquellos que delante tenía, y que la mañana venida, que podría cargar mucha mas gente sobre él, de manera que no podría escapar de ser muerto; y puesto caso que allí adonde estaba no le podiesen muerir, que el sueño é la hambre le cargaria é se habría de poner en sus manos, é con esta saña pensó de lo poner todo en aventura, y embrazó su escudo, é con la espada en la mano aderezó para dar en sus enemigos; mas el caballero de la insola del Infante, á quien mucho pesaba de su daño por le haber asegurado de parte del Gigante, é así le haber quebrado la promesa, estaba en medio dellos con mucho cuidado que la gente á él no llegase fasta ver la disposicion del Gigante; que bien tenía creído que cuando en su juicio fuese, que pornia tal remedio é castigo en ello, que su palabra fuese guardada; é como vió que Amadís movia para salir contra aquellos, fué lo mas que pudo contra él é dijole: «Señor caballero, ruégovos por cortesia que me oyais un poco ante que de aquí salgais.» Amadís estuvo quedo, y el caballero le contó todo lo que había hablado con Bravor, hijo del Gigante, é cómo lo tenía por entonces todo amansado fasta que la mañana viniese, y que en aquel espacio de tiempo el Gigante seria muy mejorado é metido en su acuerdo, y que sin duda creyese que compliria con él todo lo que fuese obligado, aunque le viniese peligro de la muerte, é que quisiese sofrirse tanto, que él fiaba en Dios de lo remediar todo, é que lo tomaba á su cargo. Amadís, como así lo vió hablar, bien cuidó que verdad le decia, porque en aquello poco que le había tratado lo tenía por hombre bueno, é dijole: «Por amor vuestro yo me sofriré esta vez, mas dígovos, caballero, que todo afan que en esto pongais será perdido, si lo pri-

mero no es que la emienda de la dueña se haga.» El caballero le dijo: «Eso se fará, é mucho mas, ó yo no me ternia por caballero, ni este gigante, por quien siempre le he tenido; que creed que en él se falla mucha verdad é virtud.» Amadís estuvo quedo en su lugar, como ante, pues así como ois estaba cercado de sus enemigos, metido entre aquellas bravas peñas, esperando así él como ellos á la mañana.

Agora dice la historia que despues que al Gigante llegaron sus hombres al castillo, tan desacordado como si muerto fuese, é lo echaron en su lecho, que así estuvo todo lo mas de la noche, sin que hablar pudiese, é no facia sino poner la mano en derecho del corazon, é señalar que de allí le venia el dolor. É como su madre é su mujer aquello vieron, hicieron á los maestros que le catasen, é luego fallaron el mal que tenía, en el cual posieron tantos remedios de melecinas é otras cosas que en él obraron, que antes del alba fué en todo su acuerdo, é quando hablar pudo preguntó que dónde estaba. Los maestros le dijeron que en su lecho. «Pues la batalla que hobe con el caballero, dijo él, ¿cómo pasó?» Ellos le dijeron toda la verdad, que le no osaron mentir en cosa alguna, como es razon que se diga á los hombres verdaderos, contándole todo como había pasado, é cómo, teniéndole el caballero de la insola Firme en el suelo, que su hijo Bravor, pensando que era muerto, había salido con sus hombres del castillo y lo tenían cercado entre las peñas de la plaza donde la batalla fuera, y que esperaban á lo que él mandase. Cuando el Gigante esto oyó dijoles: «Es vivo el caballero?—Sí, dijeron ellos.—Pues faced venir aquí á mi hijo é á todos los hombres que con él están, é dejen al caballero en su libertad.» Esto fué luego hecho; é como el Gigante vió al hijo dijole: «Traidor, ¿por qué has quebrado mi verdad? ¿Qué honra ó qué ganancia desto que fecistes se te podía seguir? que si yo muerto fuera, ya con otra cosa ninguna restituirme podias, é mucho mas muerta tu honra quedaba, é con mas pérdida de mi linaje en quebrar é pasar lo que feciste, que la muerte que yo, como caballero, sin faltar alguna cosa de que facer debía había recibido. Pues si vivo quedase, ¿no sabes que en ninguna parte me podias escapar que matar no te ficiese? Así que, tú y todos aquellos que verdad no mantienen van muy léjos de su propósito; que pensando vengar injurias, caen en ellas con mucha mas vergüenza é deshonor que de antes; pero yo faré que como malo lo laceres.» Entonces lo mandó tomar, é hizole atar las manos é los piés, é mandó que lo llevasen á poner delante del caballero de la insola Firme, é le dijesen que aquel malo de su hijo había quebrantado su promesa; que tomase dello emienda que le pluguiese. Así lo llevaron ante Amadís é gelo posieron á sus piés. La madre de aquel mozo, cuando esto vió, hobo recelo que el caballero, como hombre lastimado, le ficiese algun mal; é como madre se fué, sin que el Gigante lo sintiese, é lo mas abina que pudo, llegó donde Amadís estaba. É Amadís tenía aquella sazón el yelmo en la mano, que hasta allí, en tanto que la gente lo tenía cercado, nunca de la cabeza lo quitó, é la espada en la vaina, y estaba desatando al hijo del Gigante para lo soltar; é como la dueña llegó

é le vió el rostro, conociólo luego que era Amadís; é fué para él llorando sin otra persona alguna, é dijole: «Señor, ¿conoceis-me?» Amadís, aunque luego vió que era la hija de Gandalac, amo de don Galaor, su hermano, respondióle é dijo: «Dueña, no vos conozco.» Pues dijo ella: «Mi señor Amadís, bien sé yo que sois hermano de mi señor don Galaor, é si por bien toviédes que vuestro nombre se encubra, así lo faré, é si quereis que se sepa, no temais del Gigante, pues que vos aseguro, y en esto que hace veréis si ha talante de guardar su palabra; que aquí vos envía este su hijo é mio, que la quebró, para que dél tomeis toda la venganza que pluguiere; del cual vos demando piedad.— Mi buena señora, dijo Amadís, ya sabeis vos cuán obligados somos todos los hermanos é amigos de don Galaor á las cosas de vuestro padre é de sus hijos; y en otra cosa que á vos mucho fuese lo quisiera yo mostrar; que en esta no hay qué me agradecer, porque sin vuestro ruego ya lo soltaba; que yo no tomo venganza sino de aquellos que con las armas quieren defender sus malas obras. Y en esto que me decis de mi nombre, si terné por bien que se diga ó se encubra, digo que antes me place que el Gigante sepa quién yo soy, é que le digais que de aquí no partiré en ninguna guisa fasta que la emienda que yo mandare se haga á la dueña que aquí me trajo; é si él es tan verdadero como todos dicen, débese poner así como lo yo tenia vencido en este campo, para que dél yo haga toda mi voluntad; que si el no tener sentido cuando de aquí lo llevaron algo le excusa, que agora, si lo tiene, con ninguna causa que honesta sea se puede excusar.» La dueña gelo gradesció con mucha homildad é dijole: «Mi señor, no pongais duda en mi marido; que él se porná como lo decis ó cumplirá lo que le mandádes, é sin ningun recelo vos id conmigo donde él está.— Mi buena amiga, señora, dijo él, de vos sin recelo fiaria yo mi vida; mas témome de la condicion de los gigantes, que muy pocas veces son gobernados é sometidos á la razon, porque su gran furia é saña en todas las mas cosas los tiene enseñoreados.— Verdad es, dijo la dueña; mas por lo que deste conozco, vos ruego que sin recelo alguno vos vais conmigo.— Pues que así vos place, dijo Amadís, por bien lo tengo.»

Entonces puso su yelmo en la cabeza, é tomó su escudo é la espada en la mano, é fuése con ella, considerando que aquello le podría ser mas seguro que estar, como estaba, esperando la muerte sin tener ni esperar socorro alguno; que aunque él matara á todos aquellos hombres que le habian tenido cercado, no se podiera por ende salvar; que antes que él podiera haber navio para se poder ir, que todos estaban en poder de los hombres del Gigante, la misma gente de la insola lo matara; porque, como quiera que en las otras partes donde los gigantes tenían señoríos, por sus soberbias é grandes crueldades eran desamados, no lo era este Balan de los suyos, porque á todos los tenia guardados é defendidos, sin les tomar cosa alguna de lo suyo. Pues pensar poder sostener á sí solo era imposible, é por estas causas se aventuró sin mas seguro del primero que le habian dado, é del que la dueña le daba, de se meter en aquel grande alcázar así armado como estaba,

y que si lo acometiesen, queriendo burlar, que él faria cosas extrañas antes que lo matasen.

Pues así como la historia vos cuenta fué Amadís con la Giganta mujer de Balan al castillo, é como dentro fué, ficiéronlo saber al Gigante cómo allí estaba el caballero que con él se combatiera, que le queria hablar. El mandó que lo trajesen donde él estaba en su lecho, é así se fizo. Entrado Amadís en la cámara, dijo: «Balan, mucho soy quejoso de tí, que viniendo yo á te buscar é ponerme en tu poder, confiando en tu palabra, para me combatir contigo sobre el seguro que diste á la dueña que por mí fué, é despues el caballero de la insola del Infante, tus hombres, quebrando tu verdad, me han querido matar malamente; bien creo que á tí no place ni lo mandaste, que no estabas en tal disposicion; pero esto no me quitó á mí el peligro, que fui bien cerca de la muerte; mas, como quiera que sea, yo me doy por contento por lo que de tu hijo feciste. Ruégote, Balan, que quieras emendar á esta dueña que aquí me trajo; si no, no te puedo quitar la batalla fasta que haya cima, aunque ya la hubo, que en mí fué de te matar ó salvar. Yo te amo y precio mas que piensas, por el deudo que con Gandalac, el gigante de la peña de Galtáres, tienes, que he sabido que eres con su hija casado; mas aunque esta voluntad te tenga, no puedo excusarme de dar derecho á esta dueña de tí.» El Gigante le respondió: «Caballero, aunque el dolor y pesar que yo he de me ver vencido de un caballero solo sea tan grande é tan extraña cosa para mí, que lo nunca fasta hoy fué, é me sea mas que la muerte, no lo siento tanto como nada en comparacion de lo que mi hijo é mis hombres te ficeron; é si mis fuerzas logar me diesen que por mi persona lo podiese ejecutar, tú verias la fuerza de mi palabra á qué se extendia; pero no pude mas hacer de te entregar aquel que lo fizo, aunque este solo sea el espejo en que su madre é yo nos miramos; é si mas quieres, demanda; que tu voluntad será satisfecha.» Amadís le dijo: «Yo soy contento con lo que feciste; agora me di qué farás en esto de la dueña.— Lo que tú vieres que puedo hacer, dijo el Gigante; que su hijo desta dueña no se puede remediar, pues es muerto; ruégote mucho que me pidas lo posible.— Así lo faré, dijo Amadís; que lo al seria locura.— Pues di lo que quieres, dijo él.— Lo que yo quiero, dijo Amadís, es que luego fagas soltar al marido de aquella dueña é á su hija, con toda su compañía, restituyéndoles todo lo suyo é su nave, é por el hijo que le mataste, que le des el tuyo, que sea casado con aquella doncella; que aunque tú eres gran señor, yo te digo que de linaje y de toda bondad no te debe nada, pues aun de estado é grandeza no están muy despojados; que demás de sus grandes posesiones y rentas, gobernador es de uno de los reinos que de mi padre son.»

Entonces el Gigante le miró mas que antes, cuando esto le oyó, é dijole: «Ruégote por cortesía que me digas quién eres, que en tanto te has puesto, é quién es tu padre.— Sabed, dijo Amadís, que mi padre es el rey Perion de Gaula, é yo soy su hijo Amadís.» Cuando esto oyó el Gigante luego levantó la cabeza como mejor pudo, é dijo: «¿Cómo es eso? ¿Es verdad que eres

tú aquel Amadís que á mi padre mató?— Yo soy, dijo él, el que por socorrer al rey Lisuarte, que en punto de muerte estaba, maté un gigante, é dicenme que fué tu padre.— Agora te digo, Amadís, dijo el Gigante, que esta tan gran osadía en venir á mi tierra yo no sé á la parte que la eche, ó al tu gran esfuerzo, ó á la fama de ser mi palabra tan verdadera. Pero tu gran corazon lo ha causado, que nunca temió ni dejó de acometer é vencer todas las cosas peligrosas; é pues que la fortuna te es tan favorable, no es razon que yo de aquí adelante procure de contradecir tus fuerzas, pues que ya me mostró lo que las mias para te nucid bastaban; y en esto que me dices de mi hijo; yo te lo do que fagas dél á tu voluntad, é no por bueno, como lo yo esperaba, mas por malo, porque el que no guarda su palabra, ninguna cosa que de loar sea le puede quedar; é asimismo doy por quito al caballero é á su fija, con su compañía, como lo mandas, é quiero quedar por tu amigo, para facer tu mandado en las cosas que menester me hobieres.» Amadís gelo gradesció, é le dijo: «Por amigo te tengo yo, pues lo eres de Gandalac, é como amigo te ruego que de aquí adelante no me pongas esta mala costumbre en esta insola; que si te no conformas con el servicio de Dios, siguiendo sus santas dotrinas, todas las otras cosas, aunque alguna esperanza de honra é provecho te acarreen, en la fin no te podrán quitar de caer en grandes desventuras; é por esto lo verás; que él quiso guiarme aquí, lo que yo no pensaba, é darme esfuerzo para te sobrar é vencer; que, segun la grandeza de tu cuerpo y demasiado esfuerzo de corazon é valentía, no bastaba yo sin la su merced para te facer ningun daño; mas agora dejemos esto, que yo pienso que lo farás como lo yo pido; perdona á tu hijo, así por su tierna edad, que fué causa de su yerro, como por amor de su madre, que como hermana la tengo, é hazle venir aquí, é á la doncella, é luego sean casados.— Pues que yo estoy determinado, dijo el Gigante, de ser tu amigo, todo lo que por bien toviere faré.» Entonces mandó allí venir al caballero marido de la dueña é á su fija, é toda su compañía; que Darioleta con ellos estaba, con tan gran placer de lo ver así atajado, como si del mundo la hicieran señora, é delante dellos é de la madre y abuela del mozo los desposaron, é Amadís les mandó que luego ficiesen sus bodas.

Agora vos quiere mostrar la historia la razon deste casamiento, lo primero por faceros saber cómo Amadís acabó aquella tan grande aventura á su honra é á la satisfacion de aquella dueña que allí lo trajo, venciendo aquel fuerte Balan, atreviéndose, aunque su enemigo era, por el padre que le matara, á se meter en su insola, donde pasó tan gran peligro como oido habeis. Lo otro porque sepais que deste Bravor, fijo de Balan, é de aquella hija de Darioleta, nació un hijo que hobo nombre Galeote, que ya este tomó de la madre, é no fué tan grande ni tan desemejado de talle como lo eran los gigantes. Este Galeote fué señor d'aquella insola despues de la vida de Bravor, su padre, é casó con una fija de don Galvanes é de la hermosa Madasima, su mujer; y destos nació otro hijo, que hobo nombre Balan, como su bisabuelo; así que, vinieron sucediendo unos en pos de otros, señoreando siempre aquella insola tantos tiem-

po fasta que dellos descendió aquel valiente y esforzado don Segurades, primo cohermano del caballero anciano que á la corte del rey Artur vino, habiendo ciento é veinte años, é los cuarenta postrimeros que habia por su gran edad dejado las armas, é sin lanza derribó á todos los caballeros de gran nombradía que á la sazón en la corte se hallaron. Pues este Segurades fué en tiempo del rey Uter Padragon (1), padre del rey Artur é señor de la Gran Bretaña, y este dejó un hijo é señor de aquella insola á Bravor el Brun, que por ser demasiado bravo le pusieron aquel nombre, que en el lenguaje de entonces por bravo decian *brun*. A este Bravor mató Tristan de Leonis en batalla en la misma insola, donde la fortuna de la mar echó á él é á Iseo Labruna, hija del rey Languines de Irlanda, é á toda su compañía, trayéndola para ser mujer del rey Marés de Cornualla, su tío, é deste Bravor el Brun quedó aquel gran príncipe muy esforzado Galeote el Brun (2), señor de las Luengas insolas, gran amigo de don Lanzarote del Lago; así que, por aquí podeis saber, si habeis leído ó leyédes el libro de don Tristan é de Lanzarote, donde se face mencion destos Brunes, de dónde vino el fundamento de su linaje; é porque sucedieron de aquel jayan fijo de Balan, siempre los llamaron gigantes, aunque en sus cuerpos no se conformasen con la grandeza dellos por la parte de la mujer, así como os lo hemos contado, é tambien porque todos los de aquel linaje fueron muy fuertes é valientes en armas, é con mucha parte de la soberbia é follonía donde descendian.

Mas agora dejaremos á Amadís en aquella insola, donde reposó algunos días por se facer curar las llagas que Balan le habia fecho en la batalla, é porque el Gigante é su mujer mucho gelo rogaron, donde fué muy bien servido; é contaros ha la historia lo que Grasandor fizo despues que por el montero le fué dicho el mandado de Amadís, é sopó cómo se iba con la dueña en el batel por la mar.

Ya la historia os ha contado cómo al tiempo que Amadís se partió de la ribera de la mar con la dueña en el batel, é se armó de las armas del caballero muerto, que mandó á un hombre de los suyos que dijese á Grasandor cómo él se iba, é que ficiesen enterrar á aquel caballero, y le ganase perdon de su señora Oriana. Pues este hombre se fué luego á la parte donde andaba cazando Grasandor, que de la ida de Amadís nada sabia, antes pensaba que, como todos los otros, estaba con su perro en el armada donde le habian puesto, é dijole el mandado de Amadís; é cuando Grasandor lo oyó, maravillóse mucho qué causa tan grande fizo á Amadís partirse dél, y mucho mas de su señora Oriana, sin que primero los viesse; é dejó luego la caza, é mandó al montero que le guiasse donde el caballero muerto estaba; é allí llegado, viole yacer en el suelo, mas por la mar no vió cosa alguna; que ya el barco en que

(1) Es el llamado Uter Pendragon en el libro de Artus.

(2) Gallehaut, le Brun, por los italianos y por los nuestros llamado Galeotto y Galeote, á quien el traductor del Tristan llama *el Brun*, como llama la Brunda á Iseult la Blonde ó Iseo, hija del rey Languines de Escocia. Así que, lo que el autor dice del significado de la palabra *brun* no tiene fundamento alguno, y solo pueda traducirse por el de color moreno.

Amadís iba traspuesto era, é luego fizo cargar el caballero en un palafren, é recogida toda su compañía, se tornó á la insola Firme, pensando mucho en lo que haría; y llegado al pié de la peña, mandó á aquellos hombres que con él venían que enterrasen á aquel caballero en el monesterio que allí estaba, que Amadís mandara facer al tiempo que de la Peña Pobre salió, en reverencia de la Virgen María, como el segundo libro desta historia lo cuenta, y él se fué donde Oriana, é Mabilia, su mujer, é aquellas señoras estaban; y como solo le vieron, preguntáronle dónde quedaba Amadís; él les contó todo lo que le aviniera é dél sabía, que nada faltó; pero con alegre semblante por la no poner en algun sobresalto. Cuando Oriana lo oyó estovó una pieza que no pudo fablar, con gran turbacion que hobo, é cuando en sí tornó dijo: «Bien creo que, pues Amadís se fué sin vos é sin que yo lo supiese, que no sería sin gran causa.» Grasandor le dijo: «Mi señora, yo así lo creo; pero demándoos perdon por él, que así me lo envió á decir que lo ficiese con el montero que lo vió ir. — Mi buen señor, dijo Oriana, mas es menester de rogar á Dios que le guarde por la su merced, que de me rogar á mí que lo perdone; que bien sé que nunca me fizo yerro en ninguna sazón que fuese, ni de aquí delante lo fará; que tal fianza tengo yo en el grande y verdadero amor que me tiene. Mas ¿qué os parece que se debe facer?» Grasandor le dijo: «Paréceme, Señora, que será bien de lo ir yo á buscar, é si le fallar puedo, pasar á quel bien ó mal que él pasare; que yo no folgaré día ni noche fasta que lo falle.» Todas aquellas señoras se otorgaron en esto, que Grasandor partiese luego; mas Mabilia toda aquella noche nunca cesó de llorar con él, pensando que de aquel viaje no se le podrían excusar grandes peligros é afrentas; pero en la fin, queriendo mas la honra de su marido que satisfacer su deseo, tovo por bien que así lo ficiese. Pues venida la mañana, Grasandor se levantó é oyó misa, é despediéndose de Oriana é de Mabilia é las otras dueñas, entró en una barca, é llevando consigo sus armas é caballo, é dos escuderos con la provision necesaria, é un marinero que lo guiasse, se metió á la mar por aquella misma vía que Amadís habia ido.

Grasandor andovo por la mar adelante, sin saber á cuál parte podiese ir, sino donde la ventura lo llevase; que otra certidumbre ninguna no tenia sino tan solamente saber que aquella vía Amadís habia llevado. Pues yendo como ois todo aquel día é la noche é otro día, navegaron sin fallar persona alguna que nuevas le pudiese decir, é su desdicha, que lo fizo, que á la segunda noche pasó bien cerca de la insola del Infante, é con la gran escuranza no la vieron; que si allí aportara, no podiera errar de no fallar á Amadís, porque sopiera cómo allí aportara, é cómo el caballero gobernador de aquella insola fuera en su compañía, é luego le guiaran á la insola de la Torre Bermeja; pero de otra manera le avino, que aquella noche pasó mucho adelante, é andovo otro día, é á la noche se falló en la ribera de la mar en una gran playa, é allí mandó Grasandor parar el navio fasta la mañana, por saber qué tierra era aquella. Así estovieron fasta que el día vino, que pudieron devisar la tierra, é parecióles que debia ser tier-

ra firme é muy fermosa de grandes arboledas. Grasandor mandó sacar su caballo é armóse, é dijo al marinero que se no partiese de aquel lugar fasta que él tornase, ó su mandado, porque él queria ver dónde habian arribado, é procurar de saber alguna nueva de aquel que demandaba. Entonces cabalgó en su caballo, é sus escuderos á pié con él, que no traian palafrenes, porque la barca mas liviana andoviese. Así andovo muy gran parte del día, que no falló persona ninguna, é maravillóse mucho, que le pareció aquella tierra des poblada, y descabalgó en una falda de la floresta por donde iba, cabe una fuente que falló, é los escuderos le dieron de comer, é á su caballo, é desque hobieron comido dijéronle: «Señor, tornáos á la barca; que esta tierra yerma debe ser.» Grasandor les dijo: «Quedad aquí vosotros, que no podréis tener conmigo, é yo andaré fasta que sepa algunas nuevas, é si las no fallo, luego me tornaré á vosotros, é si viédes que tardo, tornadvos á la barca, que si puedo, allí seré yo.» Los escuderos, que ya de cansados no podian andar, lo acomendaron á Dios, et dijéronle que así lo farian como lo él mandara. Pues Grasandor se fué por aquella floresta, é á cabo de una pieza falló un valle hondo é muy espeso de árboles, é al un cabo dél vió un monesterio pequeño metido en lo mas espeso dél, é fué luego allá, é llegando á la puerta, hallóla abierta, é descabalgó de su caballo, é arrendólo á las aldabas, y entró dentro, é fuése derechamente á la iglesia, é fizo su oracion lo mejor que él supo, rogando á Dios que lo guiasse en aquel viaje cómo las cosas dél fuesen á su honra, é le enderezase donde podiese fallar á Amadís. Así estando de rodillas, vió venir á la iglesia un monje de los blancos, é llamóle é dijole: «Padre, ¿qué tierra es esta, y de qué señorío es?» El monje le dijo: «Esta es del señorío de Irlanda, mas no está agora mucho á su mandar del Rey; porque aquí cerca está un caballero, que se llama Galifon, é con dos hermanos caballeros muy fuertes así como él, é un castillo de gran fortaleza, en que se acoge, ha sojuzgado toda esta montaña, de muy buena tierra é logares asaz ricos, é face mucho mal á los caballeros andantes que por aquí pasan; que ellos andan todos tres de consuno, é cuando fallan algun caballero ascóndense los dos, y el uno solo le acomete, é si el caballero del castillo vence, estáanse quedos, é si le va mal en la batalla, salen los dos, é ligeramente vencen ó matan al uno que es solo; é ayer acaesció que viniendo dos monjes desta casa de pedir limosnas por estos logares, vieron cómo todos tres hermanos vencieron un caballero é lo llagaron muy mal, é aquellos dos padres gelo pidieron, rogándoles que por amor de Dios no lo matasen é gelo diesen, pues que en él ya defensa ninguna no habia; é tanto les afincaron, que lo hobieron de facer, é trájéronle en un asno, é aquí lo tenemos; é luego á poco rato llegó otro su compañero, é como esto sopo, partió de aquí poco ante que vos llegádes, con intencion de morir ó vengar á este que está ferido; é ciertamente él va á gran peligro de su persona.»

Quando esto oyó Grasandor, dijo al monje que le mostrase el caballero ferido, y él así lo fizo, que le metió á una celda, donde estaba en un lecho, é como le vió,

conociólo, que era Eliseo, cohermano de Landin, el sobrino de don Cuadragante, é asimismo el caballero conoció á él, que muchas veces se vieran é fablaron en la guerra de entre el rey Lisuarte é Amadís. E quando Eliseo lo vió dijole: «Oh mi buen señor Grasandor! ruégoos por mesura que socorrais á Landin, mi cohermano, que va á gran peligro, y despues os diré mi aventura cómo me avino; que si os detoviese en lo contar, no le prestaria nada vuestra ayuda.» Grasandor dijo: «¿Dónde lo fallaré?—En pasando este valle, dijo Eliseo, veréis un gran llano, y en él un fuerte castillo, é allí lo fallaréis, que va á demandar á un caballero que es señor dél, de quien yo este mal recibí.» Grasandor vió luego que era verdad lo que el monje le dijera, y encomendólo á Dios é cabalgó en su caballo, é fué lo mas presto que pudo en aquel derecho que el monje le mostró, donde mejor podria ver el castillo; é como hobo el valle pasado, viólo luego en un otero mas alto que la otra tierra de alderredor; é yendo contra él, llegando al cabo de un monte por do iba, vió á Landin, que estaba delante la puerta del castillo dando voces, pero no entendia él lo que decia, que estaba tan alejado; y detovo el caballo entre las matas espesas; que no quiso parescer fasta que viese si Landin habia menester socorro. Pues así estando, á poco rato vió salir por la puerta del castillo á la parte donde Landin estaba, un caballero asaz grande é bien armado, é habló un poco con Landin, é luego se apartaron uno de otro una pieza, é fuéronse ferir al mas correr de sus caballos, é diéronse tan grandes encuentros con las lanzas é con los caballos uno con otro, que ambos les convino caer en tierra grandes caidas; mas el caballero del castillo dió muy mayor caída; así que, fué desacordado, pero levántose lo mas presto que pudo, y metió mano á su espada para se defender. Landin se levantó como aquel que muy ligero é valiente era, é vió cómo su enemigo estaba guisado de lo rescebir, y metió mano á su espada, é puso el escudo ante sí, é fuése para él, y el otro asimesmo movió contra él, é diéronse muy grandes golpes de las espadas por cima de los yelmos; así que, el fuego salia dellos, é rajaban sus escudos, é desmallaban las lorigas por muchas partes; de guisa que las espadas llegaban á sus carnes, é así andovieron una gran pieza, faciéndose todo el mal que podian; mas á poco rato Landin comenzó á mejorar de tal forma, que traia al caballero del castillo á su voluntad, y que ya no entendia salvo en se guardar de los golpes, sin él poder dar ninguno; é cuando así se vió començado á llamar con el espada á los del castillo que lo socorriesen, que mucho tardaban. Estonces salieron dos caballeros á mas correr de sus caballos, con las lanzas en las manos, é diciendo: «Traidor, malo, no lo mates.»

Quando Landin así los vió venir púsose para los esperar, como buen caballero, sin ninguna alteracion de su voluntad, porque ya se tenia él por dicho que yéndole mal al primero, que habia de ser socorrido de los dos, é dijoles: «Vosotros sois los malos é traidores; que á mala verdad matais á traicion los buenos y leales caballeros.» Grasandor, que todo lo miraba, quando así los vió venir, puso las espuelas á su caballo lo mas recio que pudo, y fué contra ellos, diciendo: «Dejad el

caballero, malos é alevos.» E firió al uno dellos de la lanza, de tan gran encuentro en el escudo, que sin detenimiento alguno lo lanzó por cima de las ancas del caballo, é dió en el campo, que era duro, tan gran caída, que el brazo diestro, sobre que cayó, fué quebrado; é tan desacordado fué, que se no pudo levantar. El otro caballero fué por dar una lanzada á sobremano á Landin, ó lo tropellar con el caballo; mas no pudo, que él se desvió con tanta ligereza é buen tiento, que el otro no le pudo coger, é tan recio pasó con el caballo, que Landin no le pudo ferir, maguer que él cuidó cortarle las piernas al caballo. Grasandor le dijo: «Quedad con ese que está á pié, y dejadme á mí este de caballo.» Quando Landin esto vió mucho fué alegre, é no pudo entender quién sería el caballero que á tal sazón lo habia socorrido, é tornó luego para el caballero con quien antes se combatia, é dióle con su espada muy grandes y pesados golpes; é aunque el caballero punó cuanto mas pudo de se defender, no le prestó nada; que Landin le traia á toda su voluntad. Grasandor se feria con el de caballo, dándose grandes golpes de las espadas, que Grasandor le habia cortado la lanza y le habia herido en la mano, é así estaban todos cuatro haciendo todo el mayor mal que ellos podian; mas á poco rato Landin derribó el suyo ante sus piés, é cuando esto vió el otro, que aun á caballo estaba, comenzó de fuir contra el castillo cuanto mas podia, é Grasandor tras él, que lo no dejaba; é como iba desatentado, erró el tino de la puente levadiza, é cayó con el caballo en la cava, que muy fonda era é llena de agua; así que, con el peso de las armas á poco rato fué afogado, que los del castillo no lo podieron socorrer, porque Grasandor se puso al cabo de la puente, é Landin, que llegó luego encima de otro caballo de los que en el campo habian quedado; é como vieron el pleito parado y que no habia qué hacer, tornáronse entrambos adonde habian dejado los caballeros, por ver si eran muertos. E Landin dijo: «Señor caballero, ¿quién sois, que á tal sazón me socorristes, habiéndolo tanto menester?» Grasandor le dijo: «Mi señor Landin, yo soy Grasandor, vuestro amigo, que doy muchas gracias á Dios que os fallé en tiempo que menester me hobiédeses.»

Quando Landin esto oyó fué mucho maravillado qué ventura lo pudo traer á aquella tierra; que bien sabia cómo quedara en la insola Firme con Amadís al tiempo que de allí la flota se partió para ir á Sansueña é al reino del rey Arábigo, é dijole: «Buen señor, ¿quién os trajo en esta tierra tan desviada de donde con Amadís quedastes?» Grasandor le contó todo lo que habeis oido, por dónde le conviniera salir á buscar á Amadís, y preguntóle si sabia algo dél. Landin le dijo: «Sabed, señor Grasandor, que Eliseo, mi cohermano, é yo venimos de donde queda don Cuadragante, mi tío, é don Bruneo de Bonamar con aquellos caballeros que de la insola Firme vistes partir, con mandado de mi tío para el rey Cildadan á le demandar alguna gente; que allá hobbimos una batalla con un sobrino del rey Arábigo, que se apoderó de la tierra quando supo que el Rey su tío era vencido y preso; é como quiera que nosotros fuimos vencedores y fecimos gran estrago en los enemigos, rescebimos mucho daño, que perdimos mucha gente,

é por esta causa venimos para levar mas; é habrá tres días que aportamos á la insola del Infante, é allí sopimos cómo un caballero que una dueña traía é un hombre solo venian en un batel, y que dijeron que iban á la insola de la Torre Bermeja á se combatir con Balan el gigante, é no me sopieron decir por qué causa, sino tanto que el gobernador de aquella insola fué con el caballero á ver la batalla, porque, segun se dice, aquel jayan es el mas valiente que hay en todas las insolas, y segun vos decís que Amadís se partió por la mar con la dueña, creed que no es otro sino este; que á él convenia tanta empresa.—Mucho me habeis hecho alegre, dijo Grasandor, con estas nuevas; mas no me puedo partir de ser muy triste por me no hallar con él en tal afrenta como aquella.—No os pese, dijo Landin; que aquel no lo hizo Dios sino para le dar por sí solo la honra é gran fama que todos los del mundo juntos no podrían alcanzar.—Agora me decid, dijo Grasandor, cómo os avino; que yo fallé en un monesterio acá yuso en un fondo valle á vuestro cohermano Eliseo mal llagado, del cual no pude saber qué cosa fuese, sino tan solamente que me dijo cómo vos veníades á combatir con este caballero, é los monjes de aquel monesterio me dijeron la mala orden que él y sus hermanos tenían para vencer y deshonorar á los caballeros que con ellos se combatían, é no supe otra cosa por no me detener.» Landin le dijo: «Sabed que nosotros salimos ayer de la mar por nos ir por tierra adonde el rey Cildadan está; que estábamos muy enojados de andar sobre el agua; y llegando cerca de aquel monesterio que vistes, encontramos con una doncella que venia llorando, y demandándonos ayuda. Yo le pregunté la causa de su llanto; que si era cosa que justamente la podiese remediar, que lo faria. Ella me dijo que un caballero tenia preso á su esposo contra razon, por le tomar una heredad muy buena que tenia en su tierra, é lo tenia en una torre en cadenas, que era á la diestra parte del monesterio bien dos leguas; é yo tomé fianza de la doncella si me decia verdad, la cual me la hizo luego; é dijele á mi cohermano Eliseo que se quedase en aquel monesterio, porque venia mas enojado de la mar, en tanto que yo iba con la doncella, é que si Dios me enderezase con bien, que luego me tornaria para él; mas él porfió tanto conmigo, que no pude excusar de lo no llevar en mi compañía, é yendo por aquel valle entre aquellas matas espesas, é la doncella que nos guiaba con nosotros, vimos ir un caballero, que ya á lo llano encumbraba, armado encima de un caballo. Entonces Eliseo me dijo:—Cohermano, id vos con la doncella é yo iré á saber de aquel caballero.—Así se partió de mí, é yo fui con la doncella, y llegué á la torre donde su esposo estaba preso, é llamé al caballero que lo tenia, el cual salió desarmado á hablar conmigo; é como el rostro me vió, conocióme luego, y preguntóme qué demandaba. Yo le dije todo lo que la doncella me había dicho, y que le rogaba que ficiese luego soltar á su esposo y le no ficiese mal de allí adelante contra derecho; y él lo hizo luego por amor de mí, porque en ninguna manera se queria combatir conmigo, y me prometió de lo hacer como lo yo pedia, é maltrájele mucho, diciéndole que para hombre de tan buena suerte no convenia hacer semejantes cosas,

é púdelo hacer, porque este caballero era mi amigo, é andovimos cuando noveles caballeros algun tiempo en uno buscando las aventuras. Pues esto despachado, volvíme al monesterio como quedé, é fallé á Eliseo mal ferido, y preguntéle qué fuera dél, y él me dijo que yendo tras aquel caballero cuando de mí se partió, dándole voces que tornase; que á cabo de una pieza que tornara á él y que hobieran una brava batalla, y que, á su parecer, le tenia mucha ventaja é cuasi vencido, y que salieron otros dos caballeros de la floresta y le encontraron tan fuertemente, que le derribaron á él é al caballo y le firieron muy mal; y que si Dios no trajera á la sazón por allí dos monjes de aquel monesterio, que mucho les rogaron por su vida, que todavía lo acabaran de matar, é por amor dellos lo dejaron, y que aquellos monjes lo llevaron.—Todo eso sé yo de lo de vuestro primo; que los monjes me lo dijeron, dijo Grasandor; mas de lo vuestro no supe otra cosa sino cómo vos partisteis del monesterio para os combatir con estos malos y desleales caballeros. Mas ¿qué acordais que fagamos dellos si muertos no fueren?» Landin le dijo: «Sepamos en qué disposicion están, é así tomaremos el acuerdo.»

Etonces llegaron donde Galifon, el señor del castillo, estaba tendido en el suelo, que nunca tovo poder de se levantar; pero ya con algo de mas aliento é mas acuerdo que de ante, é asimesmo fallaron á su hermano, que no era muerto, pero que estaba muy maltrecho. Landin llamó dos escuderos, uno suyo é otro de su primo, que con ellos venian, é fizoles descender de sus palafrenes, é pusieron aquellos dos caballeros en las sillas atravesados, é los escuderos en las ancas, é fuéronse contra el monesterio con pensamiento, si Eliseo fuese muerto ó ferido de peligro, de los hacer matar, é si estoviese mejorado en salud, que tomarian otro consejo. Así como oídes llegaron al monesterio, é fallaron á Eliseo sin peligro ninguno; que un monje de aquellos, que sabia de aquel menester, le había curado y remediado mucho. A esta sazón aquel Galifon, señor del castillo, estaba en todo su acuerdo, é como vió á Landin desarmado, conociólo; que así este como sus hermanos todos eran del rey Cildadan. Mas cuando vieron que se iba á ayudar al rey Lisuarte á la guerra que con Amadís tenia, estos tres hermanos quedaron en la tierra, que los no pudo llevar consigo, y en tanto que él se detovo en aquella cuestion, ficieron ellos mucho daño en aquella comarca, teniendo al rey Cildadan en poco en le ver so el señorío del rey Lisuarte; que cuando la fortuna se muda de buena en mala, no solamente es contraria é adversa en la causa principal, mas en otras muchas cosas que de aquella caída redundan, que se pueden comparar á las circunstancias del pecado mortal, é dijele: «Señor Landin, ¿podria yo alcanzar de vos alguna cortesía? Si pensais que mis malas obras no lo merecen, merézcanlo las vuestras buenas, é no mireis á mis yerros, mas á lo que vos, segun quien sois y del linaje donde venis, debéis hacer.» Landin le dijo: «Galifon, no se esperaba de vos tan malas hazañas; que caballero que se crió en casa de tan buen rey y en compañía de tantos buenos, mucho estaba obligado á seguir toda virtud; é soy maravillado de así ver estra-

gada vuestra crianza, siguiendo vida tan mala é tan desleal.—La codicia de señorear, dijo Galifon, me desvió de lo que la virtud me obligaba, así como lo ha fecho á otros muchos que mas que yo valian é sabian; pero en vuestra mano é voluntad está todo el remedio.—¿Qué quereis que haga? dijo Landin.—Que me ganeis perdon del Rey mi señor, dijo él, é yo me porné en la su merced de vuestra parte cuanto pueda cabalgar.—¿Será así como lo decís, dijo Landin, que de aquí adelante tomaréis el estilo que conviene á la orden de caballería?—Así será, dijo Galifon, sin duda ninguna.—Pues yo os dejo libre, dijo Landin, é á vuestro hermano, tanto que seais de hoy en veinte días delante del rey Cildadan, mi señor, é hagais lo que él os mandare, y en este comedio yo os ganaré perdon.» Galifon gelo gradeció mucho, é así como lo él mandaba gelo prometió. Pues fecho esto, quedaron allí aquella noche todos juntos, é otro día de mañana Grasandor oyó misa é despidióse de Landin y de su primo para se tornar á su barca, donde la había dejado en la playa de la mar, é con mucho placer en su corazon por las nuevas que Landin le dijera, que por cierto tenia por Amadís el caballero que aportó á la insola del Infante con la dueña, é iba para se combatir con el gigante Balan.

Así se tornó por el mismo camino por donde viniera, y llegó á la barca ante que anocheciese, donde falló sus escuderos, con que mucho le plugo, é á ellos con él. Grasandor preguntó al marinero si sabia guiar á la insola que se llamaba del Infante. El dijo que sí, que despues que allí llegaron había atinado bien dónde estaban, lo cual luego que allí llegaron no sabian, y que él lo guiaria á aquella insola. «Pues vamos allá,» dijo Grasandor. Así movieron de la playa é andovieron toda aquella noche, é otro día á hora de visperas llegaron á la insola, é Grasandor salió en tierra, é subió suso á la villa, donde le dijeron todo lo que le había acaescido á Amadís con el Gigante, que lo sopieran del Gobernador, que allí era llegado; é Grasandor habló con él por mas ser certificado, el cual le contó todo cuanto viera de Amadís, así como la historia lo ha contado. Grasandor le dijo: «Buen señor, tales nuevas me habeis dicho, con que he habido gran placer, y esto no lo digo porque tenga en mucho haber salido Amadís tanto á su honra desta aventura, que, segun las grandes cosas y peligrosas que por él han pasado, á los que las sabemos no nos podemos maravillar de otras ningunas, por grandes que sean; mas por lo haber fallado, que ciertamente yo no podiera rescebir descanso ni folganza en ninguna parte en tanto que dél no sopiera nuevas.» El caballero le dijo: «Bien créo que, segun las grandes cosas suenan deste caballero por todas las partes del mundo, que muchas dellas habrán visto aquellos que en alguna sazón en su compañía han andado; pero yo os digo que si esta por que agora pasó todos la podieran ver como la yo vi, que bien la contarian entre las mas peligrosas.» Entonces se dejaron de hablar mas en aquello, é Grasandor le dijo: «Ruégoo, caballero, por cortesía que me deis alguno vuestro que me guie á la insola donde Amadís está.—De grado lo faré, dijo él, é si alguna provision habeis menester para la mar, luego se os dará.—Mucho os lo agradezco, dijo Grasandor; que

yo trayo todo lo que me cumple.» El caballero de la insola dijo: «Vedes aquí uno que os guiará, que ayer vino de allá.» Grasandor gelo gradeció y se metió en su fusta con aquel hombre que lo guiaba, y fué por la mar adelante, é tanto andovieron, que llegaron sin contraste alguno al puerto de la insola de la Torre Bermeja, donde Amadís estaba, é luego fué tomado por los hombres del jayan, y le preguntaron qué demandaba. Él les dijo que venia á buscar un caballero que se llamaba Amadís de Gaula, que le dijeron que estaba en aquella insola. «Verdad decís, dijeron ellos; sobid con nosotros al castillo, que allí lo fallaréis.»

Etonces salió de la barca armado como estaba, é subió suso al castillo con aquellos hombres, é cuando á la puerta fué dijeron á Amadís cómo estaba allí un caballero que le demandaba. Amadís pensó luego que seria alguno de sus amigos, é salió contra la puerta, é cuando vió que era Grasandor fué el mas alegre del mundo, é abrazólo con mucha alegría, é Grasandor asimesmo á él, como si mucho tiempo pasara que se no hobieran visto. Amadís le preguntó por su señora Oriana qué tal quedaba, é si recibiera mucho enojo por su venida. Grasandor le dijo: «Mi buen señor, ella y todas las otras quedaban muy buenas, é de Oriana os digo que recibió grande afrenta é mucha turbacion cuando por mí lo supo; mas como su discrecion sea tan sobrada, bien cuidó que no sin gran causa fecistes este camino, é no tengais creído que ningun enojo ni saña le queda, sino es pensar tan solamente que no os podrá ver tan presto como lo desea; é como quiera que yo venga á os llamar, placer habrá que por mí os detengais aquí cuatro ó cinco días, porque vengo enojado de la mar.—Por bien lo tengo, dijo Amadís, que así se faga; que yo tambien lo he menester, porque aun me siento flaco de unas feridas que hobe, de que no soy bien sano, é mucho me fecistes alegre de lo que me decís de mi señora; que en comparacion de su enojo, todas las cosas que me podrian venir de grandes afrentas, ni aun la mesma muerte, no las tengo en tanto como nada.»

## CAPITULO XLIX.

Cómo estando Amadís en la insola de la Torre Bermeja, sentado en unas peñas sobre la mar, hablando con Grasandor en las cosas de su señora Oriana, vió venir una fusta, de donde supo nuevas de la flota que era ida á Sansueña é á las insolas de Landas.

Así como ois estaban en aquella insola de la Torre Bermeja Amadís é Grasandor con mucho placer, é Amadís siempre preguntaba por su señora Oriana, que en ella eran todos sus deseos é cuidados; que aunque la tenia en su poder, no le fallecia un solo punto del amor que siempre le hobo, antes agora mejor que nunca le fué sojuzgado su corazon, é con mas acatamiento entendia seguir su voluntad, de lo cual era causa que estos grandes amores que entrambos tovieron no fueron por accidente, como muchos hacen, que mas presto que aman y desean, aborrecen; mas fueron tan entrañables é sobre pensamiento tan honesto é conforme á buena conciencia, que siempre crecieron, así como lo facen todas las cosas armadas é fundadas sobre la vir-